

duce á los brazos de la Iglesia católica; la creencia imaginaria de que uno posee la verdadera fe, está roída en germen y se disuelve en herejía; no existen ya las antiguas alianzas; la trama, artísticamente entrelazada de las reacciones eclesiásticas y políticas, se rompe con protestas expresadas en voz alta. La realidad de la vida, las situaciones morales, políticas y nacionales son tan malsanas, y tan universales la indiferencia, el rebajamiento y el abatimiento, que deben necesariamente provocar las reacciones más violentas de parte del pueblo. Las necesidades religiosas exigen distinta satisfacción de la que se les ha ofrecido hasta el presente. Nos encontramos en un compás de expectación y de esperanza; ya se aproximan los tiempos nuevos; sentimos el soplo de su espíritu; lo único hacia lo que todo se encamina, lo único que todos los espíritus que tienen conciencia de sí mismos deben proponerse conseguir, consiste en libertar á la Iglesia de la opresión del Estado. Entonces, toda la formación actual será conducida á los ricos canales de la Iglesia, y esta se convertirá de nuevo en sede de la verdad y de la vida.» (1)

5. Origen y verdadera significación de la Reforma.

—Sólo tenemos que añadir á estas palabras un enérgico *amén*. Sin embargo, queremos ser justos, y no hacer recaer toda la responsabilidad sobre la Reforma. Los jefes principales no tienen toda la culpa de la falta, sino que con ellos deben sumarse otros muchos. Se habla de los precursores de la Reforma, y, sin duda, esto tiene un sentido, sólo que este sentido es diferente del que ordinariamente se atribuye á esta palabra. La mayor parte de aquellos á quienes se aplica este calificativo no lo merecen en manera alguna. Los verdaderos precursores y progenitores de la Reforma son los que rompieron bruscamente el curso lleno de esperanzas de la Edad Media, y que hicieron seguir inmediatamente á su prosperidad la más rápida decadencia. De cualquier modo que consideremos este asunto, siempre haremos la observación de que la de-

(1) Schwarz, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, (3) 503, 510 y sig.

cadencia política, social, moral y religiosa de la Edad Media, proviene de las luchas terribles que sostuvo la Iglesia, en primer lugar, contra los Hohenstaufen, y luego, contra los franceses. Entonces fué cuando se rompió el lazo que unía á la Iglesia y al Imperio, lo temporal y lo espiritual, lo terrestre con lo celeste. No se produjo repentinamente la ruptura; esto no era posible, por cuanto tiempos tan largos y éxitos tan brillantes habían producido tan estrecha unión. Sin embargo, el mal era ya muy grande en aquella época, tanto que, aun aquellos que durante toda su vida habían sido los primeros en trabajar en la desmembración de la Edad Media, sintieron los efectos perniciosos de su actividad, y de ello se lamentaron en momentos más lúcidos. Así, por ejemplo, el desgraciado Walter de Vogelweide se exclama de este modo: «La mayor parte de las discusiones provinieron de haber logrado introducir la desunión entre los sacerdotes y los laicos. Fué esta una desgracia añadida á muchas otras, pues murieron el alma y el cuerpo.» (1)

El autor veleidoso se espanta del aspecto de las ruinas que contribuyó á producir con jovial alegría. Así, pues, ¡qué espíritus deben ser los que hoy se frotan las manos de gusto, pensando en aquellos males, y los que hablan de los grandes triunfos producidos por semejante separación! ¡Cuán diferentes son los juicios que los contemporáneos más ilustres, los testigos oculares de la terrible separación en los países de Occidente, han formulado sobre esta desgracia! No sin amargura y dolor, dice Thomassin: «Los sacerdotes y los laicos están ahora tan cegados por el odio, que se parecen á mujeres que se injurian en términos groseros.» (2)

Y, sin embargo, cree que no sería difícil conservar la paz y la amistad. ¿Por qué la Iglesia y el Estado, lo natural y lo sobrenatural, no podrían existir armónicamente, sin confundirse, sin violentarse, sin permanecer unidos, sin esa

(1) Walther, 81, III, 7 y sig. (Pfeifer).

(2) Thomassin, *Der wälsche Gast*, 12, 751 y sig.

discordia que todo lo destruye? ⁽¹⁾ Pero todo fué en vano, y en vano fué también que otro poeta pidiese auxilio en la amargura: «Gregorio, papa, padre espiritual, despierta y contempla esa multitud de lobos que, bajo la capa de virtud, merodean en torno del rebaño y matan las ovejas. Aumenta la herejía y disminuyen la paz y la fe. Socorre, pues, al Emperador; te lo rogamos por la muerte de Jesucristo y por el Santo Sepulcro; socórrelo, á fin de que realce el derecho para bien del reino, en beneficio tuyo y en el de la Iglesia.» ⁽²⁾

Difícil era entonces prestar auxilio, ya que precisamente aquellos de los cuales se esperaba el auxilio en la amargura eran los que estaban más pervertidos, aquellos de los cuales no se hubiera aceptado su concurso, y de los cuales no se aceptó en realidad cuando lo ofrecieron. Las cosas fueron siempre empeorando cada vez más, lo mismo en la vida eclesiástica que en la civil, sobre todo desde que nula la autoridad del Emperador, llegó el mal á su apogeo. La falsedad erigió su trono en el Consejo del Imperio, en medio de los príncipes, ⁽³⁾ por lo que no causaba entonces el menor asombro que la fidelidad y la ley, el derecho y la paz, no se considerasen seguros en el reino y tuviesen que preparar su emigración. «Dios mismo—dice Hawart—debía sentirse profundamente lastimado, viendo cuán grande era el número de los que se precipitaban en el camino del infierno.» ⁽⁴⁾ «Á ti, Señor, nos dirigimos en nuestra angustia los pobres pecadores. El diablo ha sembrado su semilla en el país, y en él reina la confusión. Carecemos de justicia, á pesar de que tu mano ha creado un derecho justo para un mundo justo. Las viudas y los huérfanos deploran que los príncipes no estén jamás de acuerdo. Muéstranos, Señor, una vez más tu poder.» ⁽⁵⁾

Nadie duda, pues, que la Reforma no estalló de repen-

(1) Thomassin, 12, 805 y sig.; 12, 850 y sig.

(2) Werner, 1, 2 (Hagen, *Minnesinger*, II, 227).

(3) Boner, *Edelstein*, 7, 43 y sig. Freidank, 165, 23 y sig.

(4) Hawart, 2, 1 (Hagen, *Minnesinger*, II, 163).

(5) *Ibid.*, 1, 3 (Hagen, *Minnesinger*, II, 162 y sig.).

te, como relámpago en cielo sereno. Jamás hubiera podido producir efectos tan profundos, y consecuencias tan duraderas, como los que ha producido. Pero tampoco es posible dudar sobre los precursores que tuvo y sobre lo que constituyó su primer punto de partida. El germen de la división completa de la Iglesia y de la separación de la religión encontrábase ya en aquella funesta desunión del mundo natural y del sobrenatural, en aquel apartamiento de la vida pública de la Iglesia. Aquella raíz de amargura, ó, para hablar con el poeta, aquella semilla diabólica, cuya flor emponzoñada ha sido el ataque contra el clero y la Iglesia, y su fruto, el odio contra todo lo que se refiere á la Iglesia, contra toda ingerencia de parte de ésta y de lo sobrenatural, constituyó el principio de la Reforma.

Como se ve con mayor claridad, á medida que sus propios hijos se separan de ella, sin dejar de ser lo que son, la Reforma no es el principal acontecimiento en el umbral de los tiempos modernos. Demasiado honor le hacemos al considerarla como el acontecimiento capital que abre esta Edad. No fué ella quien empezó la danza; no fué ella la que introdujo los tiempos modernos, sino que fué introducida. Ahora bien, el introductor, á cuyo servicio se encuentra, fué el Humanismo, no ese Humanismo en el sentido limitado de la palabra, ese humanismo que ha escrito en latín elegante las mayores groserías, y enseñado el odio á la religión, sino ese Humanismo antiquísimo y siempre nuevo, en el cual hemos notado la oposición más determinada contra el Cristianismo y la verdadera humanidad, ese Humanismo que hace animal al hombre al deificarle, y que arroja á Dios del mundo, ya que, sin esto, no encontraría lugar para su reino arbitrario. Este Humanismo, finalmente, vencido por la Iglesia tras larga y violenta lucha, aprovechóse de la decadencia que comenzó al declinar la Edad Media. En aquella época, estuvo á punto de completar su victoria por la disolución del Estado cristiano, de la sociedad cristiana, de la moral del arte cristiano, y de la formación cristiana. Sólo le faltaba una cosa,

para que fuese completa su victoria: la disolución de la fe cristiana y de la Iglesia cristiana. De triunfar sobre esto, su éxito hubiese sido completo.

Ahora bien, para esto, le era absolutamente preciso el auxilio del brazo eclesiástico. Sin duda alguna, había en la Iglesia suficientes elementos que podían emplearse en el asalto, de lo que es fácil darse cuenta, considerando los abusos que, de mucho tiempo atrás habían penetrado también en el clero, en la época de la vuelta de la vida al estado salvaje. Sólo faltaba un hombre que quisiese ser jefe de aquel rebaño. Entonces fué cuando, como un jabalí, salió del redil de la Iglesia el turbulento fraile de Wittenberg. Este era el hombre que faltaba. ¡Con qué aclamaciones fué saludado! ¡Cómo fué envalentonado, y cómo se apresuraron todos á poner en sus manos la bandera! Pero él no se sentía tan seguro como lo hubiera deseado. En su primera aparición, produjo la impresión de un niño que ha jugado con un fusil. Partió el tiro, y dió en algo que él y muchos otros detestaban hacía ya mucho tiempo. Pero no sabía él que estaba cargada el arma; sin esta ignorancia, hubiese sido más prudente. Ahora bien, millares de personas que de mucho tiempo atrás esperaban una ocasión favorable para rebelarse, vieron en aquel disparo la señal de la defección, y al punto se agruparon en torno de él, lanzaron gritos de júbilo, y lo elevaron sobre el escudo. Excomulgado, aterrado, pero demasiado orgulloso para reparar el mal cometido, infatuado por las alabanzas de los que alentaban su valor, su múltiple habilidad, dejóse llevar hacia adelante. Así llegó Lutero á Worms. La caballería del Imperio, revolucionaria desde el punto de vista político, arruinada y corroída desde el social y moral; los humanistas, los descontentos, apretáronse en torno suyo, pusieronle las armas en la mano, impulsáronle hacia adelante. Marchó, púsose en frente del Emperador, del Imperio y de la Iglesia; ya no podía retroceder. En adelante, la revolución tuvo un nombre, y, como había empezado la campaña, vióse obligado el jefe á ponerse en movimiento. Obró con

bravura, y la división de la Iglesia y la devastación de la religión fueron un hecho consumado.

De estar sólo el Humanismo, por mucho trabajo que se hubiese tomado, jamás hubiese logrado separar por completo el cielo de la tierra. Pero, al organizar á los últimos y más importantes obreros de que tenía necesidad para su obra de destrucción; al interesar en su causa á los grandes poderes eclesiásticos, y al lograr oponer á la Iglesia de Dios una anti-Iglesia, podía estar seguro de ver realizados sus propósitos. Si sólo ha triunfado en parte, prueba es de que Aquél que ha prometido á la Iglesia mantener inviolable hasta el fin de los tiempos su alianza con la tierra, no olvida su palabra.